

## Utopías Nacionales

# Etapa de Agotamiento

POR LORENZO MEYER

**D**OS fotografías aparecidas en los periódicos acapararon la atención del lector la semana pasada: una en la que aparecen José López Portillo y Luis Echeverría abrazándose y otra en que el Presidente Miguel de la Madrid preside, en compañía de esos dos mismos personajes, la última asamblea del PRI. La primera foto recordó a algunos el abrazo de Acatempan —un abrazo de conveniencia—, y la otra la aparición en público del Presidente Avila Camacho con todos sus predecesores —Cárdenas y Calles incluidos— allá por 1942. Aquella reunión de presidentes y ex presidentes simbolizó entonces la esencia de la política de "unidad nacional" en los momentos en que nuestro país dejaba atrás el periodo de la Revolución y entraba, al mismo tiempo, a la II Guerra Mundial y a la posrevolución.

★

**Q**UIZA quienes hoy nos dirigen consideran que México está en una situación equivalente a la de 1942, internándose en una nueva etapa de su historia en medio de una especie de guerra en contra de fuerzas incontrollables —internas y externas— que ahondan la gran crisis económica y que minan poco a poco pero sistemáticamente la legitimidad del gobierno y del régimen mismo. Es una lástima que esos símbolos de unidad —los ex presidentes— hoy ya no tengan ni remotamente el valor que tuvieron en 1942, su irresponsabilidad y frivolidad los desgastaron. Es más, me temo que esta vez su uso produjo resultados contraproducentes, pues si en el

PRI produjo aplausos, fuera despertó memorias de agravios colectivos que más hubiera valido que hubieran permanecido adormecidos.

Lo que se ha desgastado entre nosotros como comunidad política no es sólo el valor de la presidencia y de quienes la ocuparon,

sino algo mucho más importante: se ha desgastado la fuerza de la promesa del futuro, de la gran o modesta utopía nacional en cuyo nombre los gobernantes han pretendido —y a veces logrado— movilizar las energías de la sociedad mexicana en diversos momentos de nuestra historia.

En vísperas de la guerra de Independencia, la utopía criolla era clara y ambiciosa: sacudirse el yugo español y permitir así la explosión creativa de las supuestamente contenidas energías novohispanas, y con ellas hacer de la nación mexicana una de las más grandes y felices de la tierra. Esta utopía no duró más que un suspiro, pues se disolvió en el caos de la guerra fratricida y las invasiones extranjeras.

El sueño de los liberales fue más modesto: destruir el pasado negro del militarismo depredador y del clericalismo estéril, para abrir paso a una nación moderna en lo económico y lo político, capaz de defenderse con éxito frente a la agresividad de los países imperialistas. Este liberalismo original se transformó en porfirismo y en el proceso bajó aún más la mira, pues su meta fue básicamente el progreso material. Todo terminó en la espectacular quiebra del régimen entre 1910 y 1911, y el inicio de una revolución.

★

**L**A Revolución Mexicana se inició con otra utopía modesta, propuesta por Madero: el sufragio efectivo y la no reelección (lo segundo condición para lo primero), pero pronto terminó por modificarla, y buscar menos la democracia política y más la justicia social. Esta justicia sustantiva era algo más alejado de la experiencia de una sociedad como la mexicana, pero se creyó posible y deseable intentar semejante empresa a partir de la destrucción de la oligarquía porfirista. El cardenismo fue su momento cumbre. No hay duda que algo real se logró entonces en materia de equidad, pero no fue suficiente ni duradero. Muy rápidamente México dejó atrás la posibilidad de ser una sociedad modesta en lo económico pero justa en lo social para buscar algo

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

# Utopías Nacionales.- Etapa de Agotamiento

Sigue de la página siete

aparentemente más realista.

★  
**L**EGO entonces la posrevolución, la euforia del alemanismo y la promesa del desarrollismo, que no era otra que la de hacer de nuestro país

una sociedad industrial, capaz de superar la etapa del subdesarrollo, basado en un capitalismo nacional de economía mixta, y centrado en el mercado interno, que poco a poco iría dando la oportunidad de consolidar no sólo la independencia nacional, sino también una gran burguesía y unas clases medias y proletarias subordinadas, pero con un nivel de vida decoroso. La crisis de 1982 puso un punto final a la utopía del desarrollismo.

Y es así como llegamos al momento actual. Unos líderes distantes ponen la mejor cara que pueden frente a un panorama desolador. Las energías de los gobernantes se concentran en impedir que la nave del Estado zozobre, pero su esfuerzo casi no encuentra respuesta en una sociedad desilusionada, desconfiada e igualmente preocupada por hacer frente a las demandas de la sobrevivencia de las pequeñas unidades: el individuo, la familia y, en el mejor de los casos, el gremio.

Es muy probable que México pueda seguir así por un buen tiempo, sumido en una niebla gris que ahoga cualquier impulso altruista, pero no hay duda que nuestro país merece un destino mejor, requiere de

un llamado creíble para emprender una tarea colectiva digna de tal nombre. Necesita de un proyecto nacional que despierte nuevamente su imaginación, que nos convoque a todos, o al menos a la mayoría, a una tarea na-

cional, que sea generosa, incluso utópica. Mientras esto no exista —y hoy no existe— se estará desperdiciando una energía social inmensa, justo en el momento en que más se le necesita.